

Rouault

Escribe: HECTOR ROJAS HERAZO

La obra de Rouault es el testimonio de un hombre que hizo del conocimiento de sí mismo, único sendero del reencuentro concienzudo con la especie, un instrumento de penetración expresiva. Este asumimiento —unido a la rectitud de su búsqueda, a la orfandad de su corazón y a la reciedumbre de su fidelidad— nos ponen en presencia del más poderoso artesano de la pintura en este siglo, del último grande artesano del espíritu románico en Europa. Su obra es una tempestad que, al final, se apacigua en una máscara sinfonía. El vasto agonizar de un metafísico que quiso encontrar —en el triple atestiguamiento del vicio, de la cogitación y de la plegaria— una ardua conducta para alabar a su creador. Era un medioeval. Su tarea está, por ello mismo, teñida de un trágico anacronismo. Tenía vivas y operantes, como si el flujo de muchos siglos no hubiese podido amenguarlas, las virtudes de aquellos abuelos francos que asistieron a la infancia de las catedrales.

El drama estético de Rouault consiste en haber enfrentado su alma rubia, su alma de primitivo, a una civilización donde todos los

horrores están afelpados por la conformidad. Le tocó el escandaloso, el imperdonable papel de exhibir su soledad en un siglo donde los hombres van a una determinada hora del día a un determinado sitio de la ciudad a usar una determinada porción de su alma. Sus lienzos son el testimonio de este choque. Lienzos, en especial los de su primera época, donde las pinceladas parecen rugir en una epilepsia condenatoria. Aquí ha pasado algo, dicen estos cuadros. Hemos perdido la inocencia y debemos rescatarla por el sufrimiento. Su voz —su voz de hombre mudo, como Rembrandt y Van Gogh, para cualquier otra expresión que no fuese la pintura— se adentra, entonces, por túneles de espanto. Y viene esa galería, nueva visión dantesca, donde un sentido caricaturesco de estirpe pascaliana nos muestra el descendimiento, el terror y el agobio de una humanidad cargada de servidumbres. El oprobio y la crueldad se entraban, en monstruoso contubernio, en esas facciones grotescas y en esos músculos retorcidos por la maldición. El mismo León Bloy, ducho en blandir el anatema y en aventar su vozarrón israelita sobre la incuria moral de su tiempo, retrocede ante este pai-

saje horrorizado. No comprende esta plástica donde los colores y las líneas son a manera de lenguas de fuego que tratan de purificarlo todo. Se negó a reconocer, en aquellos cartones, la efigie de un ser que, en alguna ocasión ya esfumada de la memoria terrestre, fue un mimado de Dios en el seno del paraíso.

Pero este valor, este orgullo en la inocencia, esta lúcida bravura frente a un mundo desterrado de sus fuentes morales, ofrece el peligro de convertir a su poseedor en un testigo demasiado incómodo. El reproche fue la respuesta de Francia y de Europa. Se necesitaron varios lustros para aceptar aquel vasto esfuerzo y asumir comunalmente aquel sacrificio. De allí, entonces, la pregunta: ¿en qué radica la victoria temporal de un hombre centrado en apetitos y normas que, aparentemente, no rigen la estructura de su momento? Creemos que esto pueda ser explicado por la vehemencia con que la cristiandad busca los motivos de su resquebrajamiento. El hombre de occidente, estructurado en Cristo, requiere de una potente militancia, de la palabra y de la forma, para un regreso a su ánima profunda. Y ninguno como Rouault para remozar—con la tensión del dibujo, la monumentalidad temática, la energía del color y la gracia meditativa de su composición— estos cánones amortiguados en la conciencia católica. Rouault es un liberador. La serie que estructura el *Misserere* o sus lienzos como *Nuestra Juana* y *El viejo rey* conforman una misma frase de esperanza. Dios está

aquí, derramado, parece decirnos; Dios no nos ha abandonado. Porque de su escalofriante aventura de atestiguar regresa con las pupilas transfiguradas por el amor. Ha visto al hombre en su desdicha y en su servidumbre. Lo ha visto abatido, en su pura animalidad. Lo ha visto desnudo. Y esa indagación lo ha traspasado. En el fondo —en lo más patético de su luto— ha encontrado, por fin, como lo anunciaba Claudel, “ese Dios aún más interior que su vergüenza”.

Y vienen ahora esas formas inmersas en una luz musical, esos cuerpos bañados por una luna que parece temblar en un cielo posterior a la muerte. Los colores cantan aquí con una corporeidad olvidada. Con la corporeidad que solo puede imprimirles quien ha escuchado esa ulterior vibración, ese extremo clamor de la materia. Rouault, el desventurado, la grande alma desolada, el corazón expiatorio que la pintura ha ofrendado a la desilusión de este siglo, nos ofrece el mundo de sus formas —su alucinado mundo de hierro, vidrio y aceite— para que hincamos la rodilla en alabanza de Cristo. Muy pocas veces tanta hambre metafísica había encontrado tan poderoso sosiego. Pocas veces el amarillo, el azul y el escarlata habían encontrado tales manos para desaguar, como vertientes de Cristo, en la desdicha del hombre. Al final de su labor, el artesano ha sido segado. Pero el tormento de su obra ha contribuido a aclarar el camino. Y esto nos engrandece y nos consuela de ser hombres.